

dia en esta comunidad de fervorosos monjes, y para ello les envió á un mago, que fingió querer renunciar al mundo y abrazar su instituto. Llevaba consigo á un hijo, y no pudiendo sospechar el superior sus malvadas intenciones, le recibió con mucha caridad: pero no tardó en darse á conocer, escandalizando á toda la comunidad con su depravada conducta. En una ocasión tuvo un trasporte de cólera tan violento contra su hijo, que lo hirió cruelmente con una vara, y lo cubrió de sangre. Eumatho y sus religiosos, turbados y afligidos á vista de estos excesos, rogaron á san Hipaco que viniese á ayudarles con sus consejos. Hizolo así inmediatamente el Santo, y apenas vió al autor de la perturbación, comprendió que era un emisario del príncipe de las tinieblas, y le golpeó con la misma vara que había empleado contra su hijo, diciéndole. ¿ Has venido aquí, miserable, á cometer un asesinato ?

Léjos de aprovecharse este desgraciado de la corrección, se irritó furiosamente, y dijo al Santo, que no pasaría una semana sin que experimentase lo que pensaba hacer. En efecto, habiendo vuelto Hipaco á su monasterio, le envió cuatro demonios bajo figuras monstruosas, y que parecían querer devorarle; pero un ángel le libró de ellos, é Hipaco rogó al Señor que el mal que le preparaba este mago cayese sobre él mismo, para que sufriese la pena de su pecado. Su oración fué oída inmediatamente, pues los mismos espíritus infernales se apoderaron de aquel desgraciado el cual lleno de furor, se destrozaba á bocados, é imploraba el auxilio de Hipaco. En su consecuencia, le rogaron los religiosos que volviese á su monasterio para orar por él. Hizolo así, y al ver al energúmeno, le dijo: « ¿ Te atreverás á decir que Dios es injusto, porque castiga á los que le ofenden? Esto te indicará que cuida de una manera especial de los que le sirven. » Oró en seguida por él, le frotó con aceite bendito, y le libró de los

demonios que le atormentaban. Le quedó, no obstante, una gran debilidad, y el Santo dijo á Eumatho: « Cuidad de él con caridad hasta que dentro de algunos dias esté perfectamente curado, y en seguida despedidle. Tuvo la dicha de aprovecharse de este justo castigo.

Se le presentó también un hombre afligido de un tumor, que le abultaba desmesuradamente la cabeza. El Santo lo limpió con mucha caridad, no obstante estar cubierto de úlceras y de pus, y le trató con mucho esmero aplicándole varios remedios y rogando por él; pero el mal aumentaba, y llegó á sospechar que en la conciencia de este hombre hubiera algún crimen oculto que impidiera los efectos de su oración y de los remedios que empleaba: « ¿ No habeis cometido, le dijo, algún pecado, por el cual impida Dios, y no bendiga mis cuidados? » La vergüenza le hizo no confesarlo, y respondió que no se sentía culpable. El Santo acudió de nuevo á la oración, y por la noche se le aparecieron cinco demonios diciéndole: « Pierdes el tiempo, con este hombre: no conseguirás lo que te propones, pues nos pertenece por el crimen que ha cometido. Ha engañado á su legítima esposa, y es un perjuro, que no ha temido profanar los santos evangelios. » Instruido con estos antecedentes, Hipaco dijo al enfermo: « Habeis cometido éste y aquel crimen, y no habeis querido confesarlo. Si hubiéseis hecho una confesión humilde, si os hubiéseis humillado en la presencia de Dios con una verdadera contrición, habríais experimentado los efectos de su misericordia; pero la obstinación en no querer confesar vuestros pecados merece ser castigada. Así pues, léjos de curar como deseais, morireis dentro de tres dias, y sufriréis la pena á que os habeis hecho acreedor. » El historiador del Santo parece indicar que este desgraciado murió en la impenitencia.

De este pasaje se desprende que, además del don de los

milagros, le había otorgado Dios el de la profecía, y así se vió en varias ocasiones. Un ángel le anunció que hiciese grandes provisiones para el sustento de sus religiosos y de los pobres, porque una gran escasez había de afligir á todo el pais. Con este aviso celestial tomó sus precauciones, pidió algún dinero de personas que se hallaban en posición de prestárselo, é hizo gran provisión de trigos y legumbres. Diez dias despues se vió por la carestía de todos los géneros, que no se había engañado. Tres años duró el hambre, y durante este tiempo no dejó de socorrer á las gentes de la campiña, ordenando que se cociesen legumbres, que se les distribuían á la hora de Nona; pero al mismo tiempo las obligaba á cantar *Kirie eleisón*, y á dar gracias á Dios por el alimento que les enviaba, pues no quería que se le alabase por su caridad, y si alguno lo hacía en su presencia, se avergonzaba y decia: « Estais engañados, hermanos míos, esto viene de Dios, y si alguna cosa falta, yo tengo la culpa. Dad á Dios la gloria y el reconocimiento que le son debidos, y á nadie alabéis ántes de su muerte, porque miéntras estamos en este cuerpo mortal, nos hallamos expuestos á caer, por lo mismo que somos hombres frágiles, y debemos desconfiar de nosotros mismos y obrar nuestra salud con temor y circumspección. »

Un conde llamado Elpidio, arquitecto del emperador, sufría vehementes dolores en todo su cuerpo por las vejaciones del demonio, y lanzaba gritos extraordinarios. Hizo que le llevasen en una litera al Santo, el cual oró por él: pero no habiéndose apaciguado enteramente los dolores, le rogó el Santo que no se marchase tan pronto, presintiendo sin duda lo que había de ocurrir. En efecto, tan luego como quiso ponerse en marcha, se reprodujeron los dolores, y hablando el demonio por su boca, exclamó: « Poseo riquezas innumerables. » Ésto no fué sin misterio, pues á pocos dias vió Hipaco acercarse al monasterio una

gran multitud de pobres, quejándose de las injusticias que les hacía Elpidio, el cual se había enriquecido por medio de estas vejaciones. El Santo entónces le dijo: « Muy pronto habeis de morir, porque Dios ha dispuesto castigar vuestros crímenes. Volved pues á vuestra casa, poned en órden vuestros negocios, y restituid los bienes que habeis adquirido injustamente, para que Dios perdone vuestros pecados. » Terrible en extremo fué esta nueva para el rico avariento: el temor de una próxima muerte le determinó á hacer las restituciones que el Santo le había recomendado; pero á su regreso los médicos, tan avaros como él, pretendieron persuadirle de que no corría riesgo alguno su vida. Tuvo la debilidad de creerlos. Sin embargo, la palabra del Santo se cumplió, pues Elpidio murió á los tres dias, exclamando: O abad Hipaco, ¿ en donde estais?

Pero una de las principales profecías de este Santo fué la que hizo en órden al heresiarca Nestorio, y que vamos á exponer, tal como la refiere su historiador. Cuando Dénis, que mandaba el ejército de Oriente, acompañó á Nestorio en el año 428, para que tomase posesión de la cátedra de Constantinopla, y hallándose próximo á la ciudad, tuvo san Hipaco una revelación, en la cual le pareció ver que muchos seculares colocaban á este nuevo obispo sobre el trono pontifical, y al mismo tiempo oyó una voz que dijo: « Pasarán tres años, y habrán terminado estas alegrías. » Fácilmente comprendió el sentido de estas palabras, y dijo á sus religiosos y á algunas personas de su confianza: « Temo que este prelado caiga en el error: pero su gobierno no durará más que tres años y medio. »

Llegó esto á oídos de Nestorio, que se sintió muy molestado, así es que visitando los monasterios que había al paso, no quiso entrar en el de este Santo. Cuando se hubo instalado en su cátedra, le envió á decir con uno de sus clérigos: « Sois un imbécil: sabed que gobernaré durante

veinte años mi iglesia, y entónces ¿de qué servirán todas vuestras visiones? » Hipaco le respondió: « Si la visión que he tenido se confirma con el suceso, la revelación habrá sido verdadera: pero si sucede lo contrario, entónces me habrá engañado mi imaginación, como con frecuencia ocurre á los hombres. » No se limitó á esto el patriarca, sino que poco despues le envió á varias personas, para que le sorprendiesen en sus palabras, y tener motivo para castigarle. Hiciéronle varias preguntas inútiles y frívolas, que no sirvieron para otra cosa, que para poner de manifiesto su prudencia: de modo que los que habían venido para tenderle lazos, no pudieron ménos de admirar su profunda sabiduría. Así lo dijeron á Nestorio, que en adelante se abstuvo de enviarle á ninguna otra persona.

Al cabo de tres años empezó este heresiarca á manifestar sus errores, lo cual sabido por Hipaco, borró su nombre de los sagrados dípticos de su iglesia, y no hizo conmemoración de él en los sagrados misterios. Eulalio, obispo de Calcedonia, que no le era adicto, le reprendió é hizo severas amenazas, pero le respondió con firmeza, que desde que Nestorio había empezado á publicar su impía doctrina, se había separado de su comunión, y en cuanto á las amenazas que le hacía, podía ponerlas en ejecución, porque se hallaba dispuesto á sufrirlo todo en defensa de la fé. No tardó mucho en celebrarse el concilio ecuménico de Efeso, en el que fué depuesto Nestorio precisamente en el tiempo que se había revelado á nuestro Santo. De esta manera se verificó la visión, sin que pudiera tacharse de ilusión, como había pretendido el impío heresiarca.

Pero más que todo esto justificaba la verdad de estos dones sobrenaturales la santidad de su conducta y las virtudes de que se hallaba adornada su alma. Con más de un ejemplo hemos visto cuán grande era su compasión para con los afligidos, y con cuanta profusión socorría á los que se

hallaban en necesidad. Podía, dice su historiador, llamársele el padre de todos los que se hallaban destituidos de todo auxilio humano. Pero si grande era su caridad para con el prójimo, ¿cuanto no era su amor á Dios y su celo por su gloria y por la salvación de las almas? Llevado de este celo, purgó una gran parte de la Bitinia de los errores de la idolatría y cuando sabía que los paganos se congregaban bajo algún árbol para tributarle un culto sacrilego, se levantaba muy de mañana, é iba con sus discípulos á arrancarlo y echarlo al fuego, con lo cual fué apartando poco á poco á estos pueblos de sus supersticiones, y haciéndolos cristianos. En esto imitó el ardor del abad Jonás, su padre espiritual, que dulcificó las costumbres de un gran número de idólatras en la Tracia; atrayéndolos á la verdadera fe.

Llevado de este mismo celo, se opuso con la firmeza de un hombre apostólico al restablecimiento de los juegos olímpicos en la ciudad de Calcedonia. Habían sido abolidos por el emperador Constantino y sus sucesores, como un resto de idolatría; pero el prefecto Leoncio se propuso restablecerlos. San Hipaco se afligió mucho con esta determinación, y en el justo dolor que amargaba su espíritu, exclamó al Señor: « ¿Permitireis, Dios mio, que se restablezcan las supersticiones del paganismo, y que yo sea testigo de tan grande desgracia? »

Se presentó al obispo Eulalio juntamente con veinte de sus religiosos, y le expuso que no debía consentir una impiedad tan descarada. Eulalio no hizo caso, porque los miraba con desprecio, y les respondió que vería lo que había de hacer, y que á él sólamente correspondía guardar silencio en su soledad. « Puesto que vos, que debeis hacerlo, respondió Hipaco, lo rehusais, sabed que moriré, ó lograré mi designio. » No hizo más caso Eulalio de esta resolucion, é Hipaco congregó á todos los archimandritas

de los diversos monasterios que le respetaban como á padre, y les dijo que se trataba de impedir á todo trance los juegos olímpicos, ó de morir en la demanda. Todos se ofrecieron gozosos á seguirle, pero Leoncio que había sido avisado de lo que ocurría, no se atrevió á celebrar los juegos, sino que, fuéjendose enfermo, se trasladó á Constantinopla, y en adelante no se volvió á hablar de estos juegos profanos.

Entónces fué cuando Eulalio conoció la pureza del celo y el mérito de Hipaco: comprendió que era un hombre crucificado para el mundo y dispuesto siempre á sacrificarse por la gloria de Dios. Con este motivo empezó á respetarle tanto como ántes le había despreciado, y le consideró como un bondadoso padre. Como este celo no tenía otro principio que una fe viva y un amor ardiente á Dios, no podía permitir que se hiciese ofensa á la doctrina que la Iglesia había recibido de los apóstoles, como estos la habían recibido de Jesucristo.

Después que Nestorio hubo sido depuesto y desterrado, muchos eclesiásticos y seglares, así como personas constituidas en dignidad vinieron á preguntarle si creía que volvería Nestorio á Constantinopla. « Si volviera, contestó, habrían llegado los tiempos del Antecristo, porque con su impía doctrina es su precursor. Pero si el Antecristo no debe aparecer todavía, estad seguros de que Nestorio no será restablecido en su silla... Me avergüenzo, continua, hermanos míos, de que haya impíos que se atrevan á apoyarle y á hablar como él. ¿ Piensan escapar á la cólera de Dios que los amenaza, si no cambian de pensamientos y hacen penitencia, esos espíritus vanos, que tanto se complacen en sus falsas luces? »

« Por lo que á nosotros toca, hermanos míos, sigamos las luces de la fé, no nos separemos jamás del camino de la verdad, que nos ha sido trazado por los apóstoles, y crea-

mos constantemente en la santísima y adorable Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Creamos firmemente que el Verbo divino, el Hijo único del Padre, tomó carne en el seno de la santísima Virgen María por obra del Espíritu Santo; que nació según la tradición de los Padres; que apareció en carne mortal; que realizó obras divinas y milagros; que se dignó sufrir en esta carne el suplicio de cruz y la muerte; que resucitó, y quiere que todos nosotros resucitemos de la muerte del pecado para restituírnos á la primera inocencia. »

Cuando de esta manera hablaba de los sagrados dogmas de la Iglesia opuestos á los errores de Nestorio, se le escuchaba con admiración, se le manifestaba el gozo con que se le oía, y todos se instruían con santo avidez en las verdades católicas. Pero no eran sólo sus palabras las que conmovían los corazones y hacían gustar la verdad, sino que su solo ejemplo bastaba para mover y producir vivísimas impresiones, á que era muy difícil sustraerse. ¿ Cuantos paganos, dice su historiador, no se sentían, sólomente con verle, abrasados en ardientes deseos de recibir el santo bautismo? ¿ Cuantos herejes no abjuraron sus errores? ¿ Cuantos pecadores no se separaron de sus desórdenes, y cuantas personas, entregadas exclusivamente á los tumultuosos negocios del siglo, no lo abandonaron todo para entregarse enteramente á la salvación de sus almas?

Atraía á sí á muchas personas de los más remotos países: su reputación se extendía tanto al Oriente como al Occidente: de todas partes se le escribía, y se le enviaban eulogios de Siria, de Jerusalem, de Egipto, de Tesalónica, de Asia y de Roma. Los más célebres archimandritas de entre los solitarios le escribían para encomendarse á sus oraciones, y para participar de las bendiciones que había recibido del cielo en beneficio de sus almas. A todos respondía con una caridad y una humildad, que los confirmaba

en la alta estima en que tenían su piedad, y les pedía que le alcanzasen de Dios la gracia de no separarse del camino de la virtud durante la peregrinación de esta vida.

El emperador Teodosio el joven vino á visitarle más de una vez en su monasterio, y admirando más y más su virtud, le abrazó diciendo : « No me han engañado en lo que de vos me han dicho : juzgo por mí mismo, y veo que me han dicho la verdad. » Le escribía también muy frecuentemente, y recibía con grande satisfacción sus respuestas. Algunas veces le decía el Santo : « Ruego al Señor que os conceda la gracia de observar sus mandamientos con un corazón recto y con la única intención de agradarle.

Las tres princesas, hermanas de este emperador, que eran muy piadosas, venían de tiempo en tiempo á un palacio inmediato á la iglesia de los Santos Apóstoles (ésta era la de su monasterio, como hemos hecho notar al principio de este capítulo), y le hacían llamar, si no quería que fuesen en busca suya. Al punto se trasladaba al palacio por respeto á su rango y á su piedad, y despues de edificarlas con su conservación llena de saludables instrucciones, oraba por ellas, les daba su bendición y regresaba á su retiro.

De esta manera se realizaba lo que Dios le dió á entender, cuando le ordenó que viniese al monasterio de Rufino, en donde le prometió que trabajaría por la gloria de su nombre, y que brillarían sus obras hasta en los países más remotos. Y efectivamente, basta fijar la atención en la santidad de su vida, para que no extrañe el respeto y la estimación que por todas partes se le profesaba.

Hierbas ó legumbres con un poco de pan constituían todo su alimento : no bebió vino sino en su vejez, y esto en muy corta cantidad. No comía hasta despues de la hora de Nona, y algunas veces hasta más tarde. En la cuaresma pasaban dos dias sin que tomase, ningún alimento, y sin

embargo, no le abalía tan rigorosa abstinencia, y su semblante estaba de tan buen color, cual si se alimentase con los más delicados manjares.

A ejemplo del real Profeta oraba al Señor siete veces al dia. Despues del primer sueño se levantaba, así como á media noche, para cantar los salmos, en número de ciento con otras tantas oraciones, lo cual observó religiosamente hasta la muerte, y dejó como un punto de regla á sus discípulos. Leía asiduamente las sagradas Escrituras, que formaban las delicias de su alma. Se complacía así mismo en los libros de piedad, principalmente en aquellos que contenían maximas adecuadas para la práctica de la virtud. No salía de su monasterio sino para asistir al santo Sacrificio en la iglesia de los santos Apóstoles, ó cuando tenía que hacerlo para gloria de Dios. Fuera de estas ocasiones, que eran muy raras, permanecía, constantemente en su retiro, que formaba las delicias de su alma, ocupándose asiduamente en la contemplación de las cosas celestiales y en el gobierno de su comunidad. Su constante aplicación á las cosas divinas no le impedía vigilar á sus religiosos, y procurar el órden en su monasterio, tanto en lo temporal como en lo espiritual. Y en cuanto á lo temporal, por más que no tenía ese conocimiento del mundo, que se necesita para el buen éxito de los negocios, Dios le dió una inteligencia privilegiada hasta el punto que, habiendo admitido á un considerable número de discípulos, se admiraban muchas personas habituadas á los negocios de ver una inteligencia, á cuya penetración nada escapaba.

Su oración era ardiente y acompañada de sentimientos de grande compunción. No siempre podía contener los trasportes de amor y de contrición de que estaba lleno su corazón, y á pesar suyo, los manifestaba con gemidos y lágrimas que conmovían á los demás. Procedía esto de que amaba á Dios con extremada ternura y con todo el afecto